

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



LECCIÓN 285

Hoy mi santidad brilla clara y radiante.

Comentario de Sarah:

¿Te has despertado hoy con alegría al saber que tienes otro día de sanación como regalo para ti? ¿Has invitado a las cosas felices de Dios a venir a ti hoy? Siempre es bueno empezar cada día con lo que quieres, con lo que deseas, con lo que valoras, con lo que anhelas y con lo que te propones como meta para el día. Cuando nuestro objetivo es utilizar cada día para la sanación y la paz, cada día puede ser un día feliz, independientemente de los acontecimientos que se presenten en nuestro camino, porque todo en nuestro día se convierte en una hermosa oportunidad para soltar los obstáculos al amor y profundizar en la paz y la alegría. Cuando nuestros días se utilizan de esta manera, podemos abordar cada día con la confianza de que todo está orquestado para nuestro mayor bien, aunque no siempre parezca así en la forma.

Las “**Reglas para tomar decisiones**” (T.30.I) (ACIM OE T.30.II) son útiles para prepararnos para cada día. Son más ideas que reglas de pensamiento, inicialmente, pero Jesús dice que a medida que practicamos estas ideas, se convierten en reglas habituales por las que vivimos. “**Nuestro propósito es ahora convertirlos en hábito, de modo que estén a tu disposición en caso de necesidad.**” (T.30.IN.1.8) (ACIM OE T.31.IN.1) Así, centramos el día en no juzgar lo que surja ni las situaciones en las que se nos pide una respuesta. “**Pues si las juzgas, habrás establecido las reglas que determinan cómo debes reaccionar ante ellas.**” (T.30.I.2.5) (ACIM OE T.30.II.5) En cambio, estamos llamados a acudir al Espíritu Santo para que nos guíe sobre cómo responder. Nuestro problema es que nos olvidamos de preguntar y tomamos nuestras propias decisiones. Cuando nuestro deseo de la verdad es profundamente sincero, recordamos cada vez más en cada momento que tenemos un Guía al que acudir en cada situación. Nos dirigimos a este Guía en lugar de escuchar al ego que nos mantiene arraigados en la ilusión, afirma que nuestros problemas son reales y quiere que creamos que debemos encontrar nuestro propio camino para resolverlos y sólo clamar por ayuda cuando nuestro camino nos pone en dificultades.

Puede que hoy nos hayamos despertado con malos presentimientos y pesadez en el corazón. Es posible que en nuestra mente pasen escenarios de pesadumbre y desesperación. El ego es obsesivo al rumiar los pensamientos. Con demasiada frecuencia encuentro que empiezo el día pensando en lo que hay que hacer y me siento estresada incluso antes de salir de la cama. La buena noticia es que los pensamientos que pasan por la mente son pensamientos de nuestra propia elección. Estos pensamientos están alejando activamente la alegría y la satisfacción. Nos estamos haciendo esto a nosotros mismos, así que podemos elegir no escuchar los pensamientos que pronostican un día sin alegría. Podemos elegir no tomar decisiones con el ego que no sabe nada.

“¿Qué respuesta del Espíritu Santo podría llegar hasta ti, cuando a lo que escuchas es a tu deseo de ser especial, que es lo que pregunta y lo que responde?” (T.24.II.4.3) (ACIM OE T.24.III.15) En otras palabras, sólo estamos hablando con nosotros mismos y escuchando nuestros propios juicios y perspectivas procedentes de la experiencia y el condicionamiento del pasado. Para salir de esta posición, Jesús dice que al menos podemos decidir que no nos gusta cómo nos estamos sintiendo. Dice: **“Esto por lo menos es obvio, y allana el camino para el siguiente paso, que es muy sencillo.”** (T.30.I.8.3) (ACIM OE T.30.II.17) Ese paso es el reconocimiento de que posiblemente estamos equivocados en nuestra forma de pensar. Lo que esto hace es abrir nuestra mente a otra forma de mirar. Todo lo que necesitamos es **“esta pequeña apertura”**. (T.30.I.9.4) (ACIM OE T.30.II.20) Estamos llamados a mirar por qué queremos aferrarnos a nuestra tristeza. **“Pues, ¿qué utilidad tendría el dolor para mí, para qué iba a querer el sufrimiento, y de qué me servirían el pesar y la pérdida si la demencia se alejara hoy de mí y en su lugar aceptara mi santidad?”** (L.285.1.4)

A lo largo del día ocurren muchas cosas que nos tientan a alterarnos. Los acontecimientos del día pueden desencadenar cualquier número de emociones, como el miedo, la tristeza, la ira o la preocupación, todo lo cual refleja una falta de amor propio. Es una creencia en el pensamiento "soy malo". Nunca se trata de nada que ocurra en el mundo. La fuente de los sentimientos que experimentamos es la mente errada, la morada del ego. Las situaciones y los acontecimientos del día nos hacen ver los aspectos no sanados de nuestra mente. No tienen por qué angustiarnos, sino que pueden verse como reflejos útiles de lo que hay en la mente. Sin embargo, no tenemos que aprender a través del dolor. Jesús dice: **“El Espíritu Santo necesita un alumno feliz en quien Su misión pueda llevarse a cabo felizmente.”** (T.14.II.1.1) (ACIM OE T.13.VII.54) Esto significa que podemos alegrarnos de tener un día por delante que podamos utilizar para sanar. **“Ellos serán los felices alumnos de la lección que esa luz les muestra porque les enseña a liberarse de lo que no es nada y de todas las obras de lo que no es nada.”** (T.14.II.4.5) (ACIM OE T.13.VII.59)

El sufrimiento y la pena son utilizados por el ego para demostrar que el dolor es real y lo falso es verdadero. Sin embargo, cuando utilizamos cada situación para sanar la culpa y el miedo en la mente, cualquier cosa que aparezca en nuestro día es perfecta para ese propósito. Podemos ser felices cuando recordamos que todo es para nuestra sanación. Cuando nuestro día se utiliza con el propósito de perdonar, lo que ocurre en el día realmente no importa. Lo único que importa es que cada situación está siendo utilizada para acercarnos a despertar a la santidad que somos. Así, podemos despertarnos cada mañana con un objetivo claro de paz y alegría que proviene de utilizar nuestro día para despertar de este sueño. Todo lo que aparece está ahí para apoyar esta meta cuando nos comprometemos a sanar.

Cuando nos defendemos de lo que aparece o negamos la responsabilidad, nos estamos resistiendo a las oportunidades que se nos presentan para el perdón, independientemente de cómo se vean. No, puede que no cumplan, y probablemente no lo hagan, con los requisitos del ego en cuanto a lo que es un día feliz. Pero cuando nos comprometemos con el objetivo de la sanación, todos los acontecimientos se vuelven útiles para ese propósito. La lección 153 dice: **“En mi indefensión radica mi seguridad”**. Cuando estamos perfectamente indefensos, proclamamos que no tenemos nada de lo que defendernos. Estamos seguros, somos invulnerables y no tenemos enemigos. **“Cualquier actitud defensiva implica debilidad. Proclama que has negado al Cristo y que ahora temes la ira de Su Padre. ¿Qué puede salvarte ahora del delirio de un dios iracundo, cuya aterrante imagen crees ver tras todos los males del mundo? ¿Qué otra cosa sino las ilusiones podrían defenderte ahora, cuando son las ilusiones contra lo que**

estás luchando?” (L.153.7) Por lo general, tendemos a pensar que Dios nos castiga cuando tenemos dificultades. Nos preguntamos por qué Dios nos hace esto. Este es el dios que hemos fabricado y al que tememos, pero el Dios del amor no nos trae ninguna de las cosas que tememos y de las que nos defendemos. Dios no nos trae ninguna lección, ni nos pone a prueba ni construye nuestro carácter.

En nuestro estado de indefensión, llegamos a estar dispuestos a mirar cada pensamiento y sentimiento que surja. Sí, incluso nuestros pensamientos asesinos y odiosos son valiosos cuando se revelan, ya que no son verdaderos y no nos definen. Lo importante es observarlos sin juzgarlos. El ego opera muy eficazmente en la oscuridad, pero cuando los pensamientos egoicos salen a la luz, nos muestran su nada. Son sólo pensamientos pasajeros que no nos pertenecen. No hay un yo al que pertenezcan estos pensamientos. Cuando estamos dispuestos a mirar todo lo que nos ocultamos a nosotros mismos y estamos dispuestos a ser vulnerables en el proceso, el ego se debilita. Cada vez más llegamos a reconocer y aceptar que no somos el ego, y que nuestra realidad es invulnerable.

¿Por qué sufrimos? ¿Por qué creemos que el sufrimiento es bueno para nosotros? ¿Por qué creemos que necesitamos las dificultades en nuestras vidas? ¿Por qué nos ponemos las cosas difíciles? ¿Por qué nos autosaboteamos? ¿Sostenemos la creencia de que esto es de alguna manera lo que tenemos que hacer para demostrar lo bien que podemos soportar? La separación de Dios está en la raíz de nuestro sufrimiento. Elegimos el sistema de pensamiento del ego del pecado, la culpa, el miedo, el sufrimiento, la pérdida y la muerte, y ahora nos aferramos a ese sistema de pensamiento como una forma de preservar nuestra identidad. El sufrimiento demuestra que la separación es real, que nuestros cuerpos y personalidades vulnerables son reales, y que hay eventos fuera de nosotros que causan dolor.

Toda la sanación es de la mente. Es el reconocimiento de que nada fuera de nosotros es la fuente de nuestro dolor. El único propósito del dolor es mantener nuestra identidad como un ser separado, viviendo en el mundo. Mientras queramos aferrarnos a esa identidad, seguiremos aferrándonos a la creencia de que podemos ser heridos por acontecimientos y personas ajenas a nosotros.

Hoy, elijamos acoger la posibilidad de que estamos equivocados en todo y que lo que Jesús nos dice es la verdad. Lo que nos dice es que podemos utilizar todo en nuestro día para recordar quiénes somos. Si así es como utilizamos el tiempo, es una cosa dichosa saber que tenemos otro día por delante para perdonar todo lo que se interpone en el camino de la verdad. ¿No es un pensamiento alegre que se nos diga que nunca podremos alterar nuestra santidad, sin importar lo que pensemos que hemos hecho? ¿No es un pensamiento gozoso que todo lo que debemos hacer es pedir y nuestra invitación es respondida? No estamos solos en esto. Tenemos al Espíritu Santo en la mente, que responde a cada llamada y es el puente entre lo que parece tan real en este mundo y la santidad que es nuestra.

Me recuerda a la sección del capítulo 20, "**La entrada al arca**", donde dice: **“Tal vez te preguntes cómo vas a poder estar en paz si, mientras estés en el tiempo, aún queda tanto por hacer antes de que el camino que lleva a la paz esté libre y despejado. Quizá te parezca que esto es imposible. Pero pregúntate si es posible que Dios hubiese podido elaborar un plan para tu salvación que pudiese fracasar. Una vez que aceptes Su plan como la única función que quieres desempeñar, no habrá nada de lo que el Espíritu Santo no se haga cargo por ti sin ningún esfuerzo por tu parte. Él irá delante de ti despejando el camino, y no dejará escollos en los que puedas tropezar ni obstáculos que pudiesen obstruir tu paso. Se te dará todo lo que necesites. Toda aparente dificultad simplemente se desvanecerá antes de que llegues a ella. No tienes que preocuparte por nada, sino, más**

bien, desentenderte de todo, salvo del único propósito que quieres alcanzar. De la misma manera en que éste te fue dado, asimismo su consecución se llevará a cabo por ti. La promesa de Dios se mantendrá firme contra todo obstáculo, pues descansa sobre la certeza, no sobre la contingencia. Descansa en ti. ¿Y que puede haber que goce de más certeza que un Hijo de Dios?.” (T.20.IV.8) (ACIM OE T.20.V.35) Así es como nos parece cuando estamos en el fluir. Aprendemos a través de la inspiración y no del dolor. Somos aprendices felices en los que todo está bien aunque no lo parezca a la mente del ego.

Recuerda que hoy te mereces la dicha. Sigues siendo tal como Dios te creó, y nada puede alterar la verdad. Sólo tus propios pensamientos pueden hacerte daño, pero tenemos un remedio, y ese remedio es el perdón. ¿Has percibido hoy que alguien te ataca de alguna manera? ¿Tienes resentimientos que se manifiestan contra un hermano? ¿Alguien ha hecho algo para irritarte o molestarte? En el capítulo 25, Jesús pregunta: **“¿Cómo podría ser que una percepción errónea fuese un pecado? Deja que todos los errores de tus hermanos sean para ti únicamente una oportunidad más de ver las obras del Ayudante [Espíritu Santo] que se te dio para que vieses el mundo que Él construyó en vez del tuyo. ¿Qué puede estar entonces justificado? ¿Qué es lo que quieres? Pues estas dos preguntas son lo mismo. Y cuando hayas visto que son lo mismo, habrás tomado una decisión. Pues ver ambas preguntas como una sola es lo que te libera de la creencia de que hay dos maneras de ver. Este mundo tiene mucho que ofrecerle a tu paz y son muchas las oportunidades que te brinda para extender tu perdón. Tal es el propósito que encierra para aquellos que desean ver la paz y el perdón descender sobre ellos y ofrecerles la luz.”** (T.25.III.7.1) (ACIM OE T.25.IV.28)

La única manera de conocer nuestra santidad es aprovechar cada oportunidad que parece justificar el ataque y, en cambio, verla como una oportunidad para perdonar y recibir el milagro. Para eso está este salón de clases del mundo, y sólo hay una lección que aprender. La lección es perdonar. El perdón, en el Curso, no significa perdonar nada real. No se trata de pasar por alto lo que hemos hecho real en la mente, sino de reconocer que todo ataque es una llamada al amor. Se trata de liberar nuestros juicios, resentimientos e interpretaciones. El perdón es reconocer que lo que creíamos que nuestro hermano nos había hecho en realidad no ha ocurrido porque todo es un sueño nuestro. La santidad está en nosotros y sólo está oscurecida por nuestros pensamientos. Cuando se liberan al Santo Ser, la luz en nosotros brilla clara y radiante.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca